

Del espejo roto al kaleidoscopio¹

Florence Thomas²

El espejo roto presenta una serie de ensayos antropológicos sobre los amores y la condición femenina en la ciudad de Cali a partir de la conformación de un taller formativo de jóvenes sociólogos y sociólogas bajo la dirección del profesor Sevilla. Y si bien durante un tiempo no entendí por qué me habían llamado para presentar este libro, encontré la explicación en la última página del texto, cuando Sevilla se pregunta qué dirán de todo este trabajo las mujeres etnógrafas-autoras o poetas-autoras. No soy ni etnógrafa-autora ni poeta-autora, pero sí feminista-autora, y sospecho que él quería también oír las reflexiones de una feminista cuyo tema central es, por supuesto, la condición femenina y que, además, ha sido atraída por un tópico que probablemente deberíamos dejar con exclusividad a la poesía o al discurso de la locura: he nombrado el amor, o más exactamente y de manera más contemporánea, el vasto campo de los amores y sus estragos.

Pero no soy caleña. A Cali la conozco de paso, de conferencias, de hoteles. La Universidad del Valle, por supuesto, y su Centro de Estudios de Género y Sociedad; G. Castellanos, la Fundación Sí Mujer y la imprescindible M. L. Londoño; el viejo Café Libro, los Turcos y sus encebolladas, porque Cali es también la primera ciudad que visité a mi llegada a Colombia hace 36 años. El hotel Aristi y la Plaza Caicedo, la Librería Nacional y sus tertulias. Una ciudad que inspiraba en esos tiempos un cierto respeto no sólo por su imagen estereotipada de *cheveridad* y salsa, liviandad y planicies conceptuales, como dijo el periodista bogotano, sino por una especie de equilibrio que había sabido construir o encontrar entre la Razón y el goce, con habitantes *sentipensantes* como diría Galeano; sí, un cierto equilibrio entre la piel y el espíritu, entre los encuentros de pieles blancas y pieles negras, entre la dulzura del azúcar y la embriaguez de la cocaína, entre A. Caicedo y J. Martín Barbero. En fin, un cierto espíritu que envidiábamos calladamente los bogotanos.

Hoy, cuando han pasado años y Cali es inevitablemente también un hilo en la trama del terror y de la violencia del país, ya no sé cómo respira, cuál es su color, a qué ritmo viven sus barrios populares y cómo aman sus mujeres. Sin embargo la

¹ Texto de la intervención preparada para la presentación del libro de Elías Sevilla Casas (en coautoría con M. Córdoba, C. de los Reyes, L. Loaiza, A. Machado, A. L. Paz, K. Rosero y Z. Saldarriaga) *El espejo roto: ensayos antropológicos sobre los amores y la condición femenina en la ciudad de Cali* (Universidad del Valle, Cali, 2003, 329 pp.).

² Psicóloga, Coordinadora del Grupo "Género, mujer y Sociedad", Universidad Nacional de Colombia.

lectura de *El espejo roto* me evocó las primeras letras o notas de una nueva canción, los primeros elementos de una trama y algunas piezas de ese complejo rompecabezas que es la Cali de hoy.

Haré, entonces, en un primer momento un breve resumen de las dos grandes partes del libro, para después tratar de responder a la pregunta sobre qué pueden pensar de este texto las mujeres-autoras como yo.

Desde mi lectura, la primera parte del libro que consta de 5 capítulos se podría dividir en dos partes. En los capítulos 1, 2 y 3, E. Sevilla, K. Rosero y Z. Saldarriaga realizan una muy cuidadosa aproximación teórica, o más exactamente y para retomar la expresión de Sevilla, construyen una trama de nociones que ayudan a pensar inicialmente y en abstracto los fenómenos que constituyen los ejes del trabajo: espejo roto y condición femenina, el amor o los amores como rituales y mitos, lo popular en su ubicación socio-demográfica, lo mestizo, el complejo del honor y de la vergüenza, lo permisivo y lo chévere, y el pluralismo racial y su encuentro con el amor, entre otras nociones. También nos presentan el soporte empírico de la investigación, que consta de 59 entrevistas realizadas y complementadas por lo que los autores llaman una *participación observante* de los encuentros amorosos en los barrios escogidos por las dos co-autoras, residentes de por vida de estos barrios, hecho que les permitió realizar observaciones y conversaciones informales sobre los encuentros amorosos del barrio, ayudando así a precisar lo referente a las moralidades y modalidades de seducciones amorosas.

Los capítulos 4 y 5 trabajan dos tópicos específicos que pretenden, como dicen los autores, llevarnos *del espíritu a la piel*. En el capítulo 4 el tema del racismo, o sea del color de la piel en materia de amores, hecho que nos recuerda que Cali es una ciudad tri-racial y que era inevitable examinar el cruce de razas y amores. El 5 nos pasea por la ciudad en cuanto lugar por excelencia de lo que llama el autor *las epifanías del cuerpo*, a través de un estudio iconográfico del busto, o más exactamente de los senos, como metonimia de un cuerpo bello y erótico.

Vemos entonces cómo, a medida que avanzamos en el libro, se precisan los amores populares caleños a través de las moralidades y éticas particulares que los sostienen, pero también a través de los colores y sabores de la piel, de la *hexis* corporal, de lo que se muestra y lo que no se puede mostrar, de lo permitido y lo prohibido, de lo que incita y a la vez marca los límites, de todo un conjunto de elementos o fenómenos que conforman un guión de una inmensa complejidad para la mirada del antropólogo y de una aparente sencillez para los actores y actrices que encarnan estos amores.

La segunda parte del libro (capítulos 6 y 7), se dedica a los amores comerciales, comúnmente llamados “prostitución” y “trabajo sexual”, es decir a aquellos amores que *sustituyen el penoso proceso de la seducción por un simple trámite de un contrato comercial*. Como es habitual en el libro, el capítulo 6 inicia con una discusión conceptual muy a la orden del día, por lo menos en Europa, sobre las

denominaciones de prostitución y de trabajo sexual, ligándola a los debates entre los abolicionistas, quienes quieren erradicar esta “plaga social”, y los contractualistas, quienes defienden el derecho de las mujeres a ejercer ese trabajo bajo ciertas condiciones de contratación, refiriéndose entonces al trabajo sexual como a cualquier otro trabajo. El capítulo 7 (*De putas y prostitutas a fufurufas, diabras y bandidas*) muestra la situación concreta de los amores comerciales femeninos en Cali desde una perspectiva susceptible de abordar la multiplicidad y diversidad de situaciones existentes.

Termina el libro con un epílogo muy al estilo de Sevilla, que incursiona en la literatura por medio de dos novelas de autores caleños: M. E. Bonilla y el imprescindible A. Caicedo, quienes presentan en sus respectivas novelas (*Jaulas* y *Qué viva la música*) personajes femeninos que permiten medir los cambios en relación con las vivencias de las mujeres caleñas de hoy. Pero no, en realidad el libro termina con un último capítulo titulado *Los caminos de la antropología* en el que Sevilla se pregunta qué significa hacer estudios etnográficos en un campo tan minado como el de los amores.

¿Qué dicen las mujeres feministas-autoras de este ensayo? ¿Qué digo yo? En primer lugar quiero mencionar que el hecho de preocuparse por saber qué piensan las mujeres de este trabajo, mujeres antropólogas, poetas o, en mi caso, feministas, me parece no sólo interesante y honesto, sino alentador y promisorio. Quiere decir que esa verdad antropológica que trataron de construir los y las investigadoras no es sino esto: una verdad y no *la verdad*; y es entonces reconocer que hubiera sido posible construir otras verdades desde otras marcas de autor o desde otras disciplinas a partir de esa caja de herramientas que son hoy las ciencias sociales. Esta pregunta de humildad me gusta mucho.

Ahora bien, para responder a esta inquietud me tengo que alejar del texto, tomar distancia para, de alguna manera, respirar fuera de esa verdad etnográfica, ese metalenguaje complejo y, en ocasiones, un poco abrumador, aunque probablemente necesario; en ese esfuerzo para trascender los datos brutos y aprehender una verdad etnográfica, sentí más de una vez una escritura organizada y reglamentada, que caracteriza todo informe investigativo serio; y en muchas páginas percibí esta función de revisión implacable que el investigador debe desempeñar volviéndose así escritor y censor del modelo impuesto por la mirada antropológica. Sin embargo, este texto es sin duda una pieza clave de un inmenso rompecabezas sobre la condición femenina. Una pieza clave que permitirá poco a poco, a partir de otras miradas, seguir completando el rompecabezas. Porque con este texto aprendí tanto de la condición femenina como he podido aprender de la lectura de *Las olas* de V. Woolf, o de *El amante* de M. Duras o *En diciembre llegan las brisas* de M. Moreno. Y después de algunos años de una escritura en libertad –me pensioné hace 7 u 8 años– no sé si podría volver a escribir desde el canon académico, si podría volver a este metalenguaje lleno de referencias teórico-

conceptuales, literarias y estéticas. Y *El espejo roto* es, en este sentido, un texto rico pero difícil, por lo menos para una psicóloga feminista ya libre de toda atadura académica. Pero permite por supuesto abrir la puerta a una multitud de preguntas que es la función principal, creo yo, de la investigación social.

Y bien, ahora que mencioné la inmensa riqueza de este texto, quisiera tratar de explicar aquello que me impresionó, las cosas que me gustaron y las qué extrañé.

Me impresionaron, de alguna manera lo dije ya, las introducciones de cada capítulo, las implicaciones analíticas de las metáforas utilizadas, las tramas de nociones que hacen pensar inicialmente y en abstracto los fenómenos analizados, las fuentes y construcciones históricas de los conceptos trabajados, las numerosas referencias a los debates de la antropología contemporánea, pero también la seriedad con la cual es abordada la historia tri-racial de Cali, el concepto de lo popular y, en fin, la extrema riqueza de las referencias del campo estético, referencias literarias y poéticas.

Ahora bien, me gustaron algunos capítulos más que otros. Particularmente, pues tal vez enriquecieron mi mirada de feminista-autora, los capítulos dedicados a la iconografía del busto y a los amores comerciales me desordenaron muchas ideas estereotipadas que aún tenía sobre el cuerpo femenino y, sobre todo, sobre los amores comerciales.

El capítulo 5 nos enmarca en una ciudad en la cual, *por su brisa, su clima, su luz, su historia social y cultural se vuelve el escenario por excelencia de las epifanías del cuerpo*, se da la oferta y la demanda más importante de América Latina en cirugías estéticas. Por este camino llegamos a la ruptura del espejo en relación con la deconstrucción casi total de una referencia al busto de una mujer-madre que nos recordaba hasta el cansancio que la maternidad era nuestro único destino. Ese busto femenino era ante todo una metonimia de la madre nutricia que nos trae a la memoria la imagen de la Virgen María que ofrece su seno al Niño Dios, un seno a la vista pero exclusivamente para reforzar la representación de una mujer-buena-madre-nutricia. Pero con la aparición del busto estético-erótico, el seno femenino esta perdiendo su connotación biológica de reserva nutricional que asegura la vida. Y lo que me sorprendió en este capítulo es esta tensión de un busto que se ofrece cada vez más a la mirada pero que a la vez impone sus límites. El otro masculino debe mirar sin ofender, debe mirar sin extralimitarse. Significa entonces que debe admirar un cuerpo exhibido pero no traspasar el límite de lo vulgar o del irrespeto. Y si se extralimita, ella en seguida hará sentir los límites y podrá responder, incluso de manera agresiva. Esta tensión de un busto que se ofrece a la mirada pero que a la vez impone sus límite abre el camino no sólo para entender los cada vez más complejos juegos de seducción impuestos por las mujeres, sino para abordar la construcción paulatina de una identidad femenina que parece romper con todas las viejas metáforas maternas y familistas. Los autores muestran cómo las mujeres caleñas construyeron su manera de responder a múltiples

requisitos, como los de una educación que sigue siendo en cierta forma estricta sin negar las adquisiciones de la revolución femenina, ni los dictámenes de la moda y su dictadura de la belleza.

Y si bien es cierto que el capítulo plantea inquietudes sobre lo que significan para las caleñas, particularmente para las adolescentes, los bustos manipulados, retocados, operados y siliconados, también apunta a la desaparición paulatina de la referencia al seno como recurso nutricional es decir de un cuerpo biológico, de unos senos maternos y en fin de una mujer hembra. La biología cede el espacio a la historia. Con operación o sin operación, el cuerpo femenino se politiza, se historiza. Esto es, de una manera u otra, una conquista de las mujeres, que poco a poco están recuperando su cuerpo a sabiendas de que ellas solas son las que deben decidir sobre él.

Sobre todo los capítulos 6 y 7 me desordenaron: en relación con la prostitución, mis referentes seguían articulados al estereotipo de la prostituta-víctima. El texto me permitió ver la inmensa complejidad y diversidad de los amores comerciales que combinan, en una permanente tensión, lo propio y lo extraño con el orden simbólico y el orden mercantil. Por supuesto, descubrir de otra manera lo que sabía sin saberlo, no me impide pensar que, como siempre cuando se abordan los amores comerciales, prostitución o trabajo sexual –no hablo de las fufurufas, diabras o bandidas–, existe un vacío impresionante relativo a los consumidores de tales amores. Hablo de los hombres por supuesto. Y aunque este punto desborda los propósitos de este trabajo, no puedo dejar de mencionarlo.

Para terminar, me queda por mencionar lo que me hizo falta en este trabajo. Por supuesto, lo que voy a decir no los va a sorprender. De verdad, es difícil entender que en ninguna introducción de capítulo, todas tan meticulosas y ricas en referencias contextuales históricas, literarias, culturales, geográficas, demográficas u otras, nunca se mencione y se trabaje lo que ese gran historiador de la nueva historia, G. Duby considera como *una de las mutaciones culturales sin precedente, tal vez la más importante de todos los cambios que afectan a nuestra civilización en los albores del tercer milenio*, es decir la revolución pacífica de las mujeres. Y no me vengan con que la marca de autor era antropológica y no feminista. Esto ya lo sabíamos, pero ello nunca le impidió tener referencias históricas, sociológicas, literarias, geográficas y demográficas para enriquecer su verdad etnográfica. Me sorprendió no encontrar una sola referencia a los aportes de las feministas en relación a la deconstrucción paulatina de la vieja metáfora de lo femenino que ustedes llaman la rotura del espejo. Por eso, desde mi perspectiva, era crucial nombrar la revolución pacifista de las mujeres, esta única revolución triunfante del siglo XX, cuyos efectos de hecho ustedes no dejan de mencionar en cada una de las introducciones de los capítulos, pero sin ponerle nombre a los aportes del feminismo, o más exactamente de los feminismos, y a las demandas y luchas del movimiento de mujeres que supo potenciar, como ningún otro, los procesos de industrialización, urbanización, modernización y secularización generados desde

mediados del siglo pasado en nuestro país. Esto no suponía hacer un trabajo feminista, sino reconocer los impactos de una revolución cultural que, si bien nunca estalló como otras, simplemente ocurrió y sigue ocurriendo en medio de enormes resistencias.

Me queda preguntar si de verdad ustedes creen que el espejo está roto. Yo, y muchas feministas, nos estamos haciendo esta pregunta. Sin duda ese viejo espejo que nos devolvía la imagen de una mujer sumisa y abnegada, cuyo cuerpo disciplinado y cuya palabra tachada ideológicamente o prestada no lograba hacer realidad, se fracturó. Y la única manera de iniciar su fractura era borrando la imagen del hombre que siempre aparecía también en el viejo espejo, tras la mujer, como soportándola y dándole existencia. Era el deseo del hombre que la hacía existir y aparecer, pero su existencia no era sino un simulacro. Hoy las mujeres ya no son sólo mujeres de la ilusión, como lo muestra A. M. Fernández, mujeres de la ilusión de los hombres, mujeres sin realidad propia, mujeres simulacros, signos eternamente construidos e intercambiados por los hombres. La Emma Bovary de Flaubert, la Dulcinea de Don Quijote –o sea de Cervantes–, la Beatriz de Dante, la María de Isaacs o la Mona Lisa de da Vinci se están desdibujando porque, por fin, las mujeres tienen la posibilidad de pensarse a sí-mismas desde la libertad y la autonomía. Los múltiples eventos que marcan nuestra segunda mitad del siglo XX, combinándose con la aparición de un movimiento de mujeres y de sus luchas alrededor de cuatro derechos fundamentales para en la obtención de autonomía (patrimoniales, educación, políticos, y sexuales y reproductivos) permitieron que ellas se enfrenten, por primera vez en la historia de la humanidad, a una voluntad de saber sobre ellas mismas y que nazca un deseo que va de la mujer a la mujer y ya no del hombre a la mujer.

Voluntad de saber y deseo propio son los ejes de una revolución que significa una bifurcación histórica del deseo y del saber, una bifurcación inédita del pensamiento y de la realidad que permite que se instale el des-orden o que se diluya el orden establecido, despojándolo de su carácter determinante, definitivo y natural, como dice L. Mena en su bello libro *El orden femenino*. Y ese des-orden que se generó gracias a la revolución de las mujeres es lo que los autores constataron a lo largo de su análisis de la condición femenina de las mujeres caleñas.

No sé si esto permite llegar a la rotura total del espejo. La resistencia del pensamiento único es dura, como lo es la resistencia a aceptar esa bifurcación del deseo y la fractura del Sujeto único. Es fuerte la resistencia a aceptar a una mujer sujeto de deseo en un acto que inaugura palabra y cuerpo: aún después de leer *El espejo roto*, no creo mucho en su rotura total. La imagen se ha vuelto borrosa y ha tocado cambiar el viejo espejo por un kaleidoscopio, ese objeto extraño que devuelve una imagen fracturada que combina colores y formas y hace enormemente compleja nuestra realidad. Las mujeres han ganado autonomía y la posibilidad de pensarse a sí mismas, pero falta mucho recorrido para afirmar que ha cambiado del todo el panorama ideológico-epistemológico.

Lo nuevo reside en la gestación de una sociedad abierta donde las normas son plurales y selectivas y se acompañan de estrategias heterogéneas y de márgenes de indeterminación, lo que no significa una inversión de roles y normas que apunte a la ruptura definitiva del espejo. Allí donde las determinaciones eran fijas, existen ahora posibilidades de escogencia individual. Los modelos sociales generan orientaciones y preferencias facultativas bajo la nueva presión de autodeterminaciones y de indeterminaciones subjetivas. Las mujeres se enfrentan a la posibilidad de auto-dirigirse lo que las pone frente a un kaleidoscopio de imágenes y a una enorme ambivalencia de roles: ello nos hacen pensar la femineidad como un principio de incertidumbre que pone en cuestión la existencia misma de una condición femenina. Ser mujer es definitivamente no reconocerse en lo ya pensado, en lo establecido. De alguna manera ser mujer hoy es extraviarse. Y este extrañamiento lo debemos en gran parte a esas luchas de las mujeres de mi generación tan poco citadas en esta investigación.

Volviendo ahora a lo que representa este libro, quiero recordar lo que dijo durante una conferencia en París J. Clifford cuando trataba de definir el oficio del antropólogo. Lo resumió con dos frases cortas, desafortunadamente difíciles de traducir al español: que este oficio podía resumirse por *pas si vite* y *qu'est ce qu'il y a d'autre*, cuya traducción aproximada sería “no tan de afán” y “¿qué más hay”? Y esta investigación cumple casi perfectamente con estas dos recomendaciones.